

dos con la masa que le sirve de escolta; así podrá sentir los latidos del corazón de esa muchedumbre de creyentes. Quiero admirar de cerca el amor y respeto de estas gentes á la figura más poética del cristianismo; por la que tantas proezas han llevado á cabo los hombres de la Edad Media; proezas cuyos símbolos me parecen los accidentes de esta procesión.

La pesada manga parroquial que lleva el anciano sacristán, bien puede ser la idea que presidía la reconquista; los acólitos que van á los lados con ciriales, las generaciones nuevas que, no pudiendo tomar las armas, se agrupaban en torno llevándole frescura y lozanía; aquel estandarte blanco con la Virgen y su cifra bordada con oro y sedas, el pendón de Castilla en las Navas de Tolosa; los cofrades con esos cetros orlados de flores....

—Los llaman alabardas—dijo Juan.

—Más en mi apoyo.... Pueden ser recuerdo de los soldados; la imagen, representación del triunfo, y el pueblo que sigue en apiñada haz, es el pueblo que vitoreaba al caudillo que había pisado la media luna.

—Pues no significa nada de eso y por mucho que quieras adornarlo no conseguirás que el culto que se tributa á María Santísima sea otra cosa que culto religioso; así, no te marches por esos campos de la fantasía y llama pan al pan y vino al vino.

—No trato de desnaturalizar el acto, sólo le comparo con la brillantísima epopeya de siete siglos, y creo que el similitud no menoscaba en nada la procesión, antes al contrario, con él se agiganta á mi vista. Los trompetazos de esos pobres músicos, que deben tener de acero los pulmones, lo desafinado y chillón de muchas de las voces que hacen coro al cura en la Salve, lejos de disgustarme me agradan, porque se ve espontaneidad en el conjunto, no hay nada ensayado y el cántico de estas gentes sencillas que no se preocupan de la música y cantan porque creen agrandar más á su patrona, me conmueven.

—¡Qué bonito espectáculo!—añadió Juan— presenta aquí la procesión! El sol poniente brillando en la corona, en el nimbo y en el manto de la Virgen; los venerables ancianos cubiertos de cánas; aquel hermoso niño amotajado, vivo exvoto; el regocijo que se pinta en todos los semblantes y hasta ese bello cielo y riente campiña que sirven de fondo al cuadro, son capaces de despertar la fe en el criminal empedernido, en el iconoclasta más furibundo, y tú, hombre honrado y caritativo, corazón sensible, talento no vulgar, y por contera artista ¿no has de abrir los ojos á la luz? Sí, Félix, mira esa unción, eseucha esos cánticos, razona, pero razona ante lo que tienes á tu vista; olvida un momento tus teorías, y conocerás que no son leyes ni costumbres las que reúnen á estas gentes alrededor de la imagen; que es su conciencia quien les impulsa á venir, que si los pescadores siguieron á Jesús obedeciendo el mandato, ellos siguen á María Santísima porque Dios les dice: *Seguidme*, y siguen, mientras tú, llamado también, te separas del camino!

—Cesa, Juan: no empañes la alegría que á mi alma lleva la contemplación de este cuadro del que no pierdo un detalle; hartos dolor me proporciona también; déjame que mis ojos se sacien de mirar á ese garrido aldeano que desde que salió la procesión no ha cesado un momento de hacer el molinete con la pesada bandera, ni ha vuelto la espalda á su ídolo: sé, querido Juan, que ese esfuerzo colosal no puede llevarlo á cabo más que la fe, el entusiasmo, la creencia firmísima de que es halagüeño á quien va tributado y como, para mí, ese hombre es la figura más saliente del cuadro, él es quien se lleva mi

admiración, no tanto por el esfuerzo físico sino porque á él hay que añadir que para *andar la bandera* ha dado veinte duros.

—Alguno y tal vez tú, crea irreverente la faena de Lorenzo, pero no lo es.

—Puedes asegurarlo, porque de ser, no se hubiera tolerado en épocas antiguas en que, no solamente las cofradías, sino hasta el cabildo catedral de Toledo pagaban danzantes y comparsas que fueran delante de las andas bailando y aun representando con mímica algunos pasajes de la vida del santo.

—Ahora que llegamos ya á la iglesia, verás que se reproduce la puja.

En efecto: volvieron á subastarse el timón y los cordones, que produjeron cincuenta y cinco pesetas. Terminado esto entraron á la Virgen entre vítores, repique de campanas, estampidos de cohetes y la Marcha Real.

—Vamos, Félix, sé ingenuo una vez más y dime sin rebozo qué te ha parecido la función; no te arredre decirme la verdad; no temas que me ofenda porque la aprecies de distinto modo que yo. Habla, hombre, habla.

—Te lo diré con franqueza. La función, en general, me ha gustado mucho pero dividida en profana y religiosa, la primera parte ha regocijado mi alma, la segunda me ha llenado de tristeza. Sí, de tristeza porque los distintos episodios que ha ofrecido, todos con el mismo tinte de unción, la contemplación de tantos rostros en que se leía el regocijo íntimo que proporciona el obrar bien, el grito aquel que se escapó de un labrador que dirigiéndose á la imagen le dijo: «Santísima Virgen: ¡que no podemos con lo que tenemos encima!» los entusiastas vivas salidos del corazón, y sobre todo, el hombre de la bandera, demostración sintética de la fe de todos sus convecinos, te lo confieso, me hacen sufrir horriblemente porque los envidio; sí: los envidio porque yo, á quien nadie ni nada ha dominado, que merced á mi fuerza de voluntad arrojé lejos, muy lejos, mi carácter iracundo, soy impotente contra este loco cerebro que avasalla mi corazón y ver en torno mío tantos seres felices porque tienen fe, y no tenerla yo, me martiriza, me desespera y pregunto: ¿Por qué, por qué se me niega la fe? ¡Si quiero creer!.....

Se miraron los dos amigos y quedaron confundidos en fraternal abrazo.

FEDERICO LATORRE Y RODRIGO.



RAFAEL CALVO

(Conclusión)

¿Quién podrá olvidar aquellas tres sorprendentes manifestaciones del talento de Rafael Calvo? Despertando universal entusiasmo en la primera, al presentar en toda su lozanía y ataviada con nunca vistas galas la olvidada creación de un género ya expirante; imponiéndose en la segunda, con el poder de su inspiración, á las iras de un público furibundo, ansioso de romper las cadenas con que el numen de Echegaray le tuviera apisionado; luchando victoriosamente en la tercera con el recuerdo de un actor de imperecedero renombre, Calvo acreditó en esas tres obras que no sin justicia era considerado como príncipe del arte dramático español. Muchos fueron los laureles cosechados por el ilustre artista; infinitas las producciones que su talento

realzara, pero los títulos de *Don Alvaro*, *Mar sin orillas* y *Sullivan* serán siempre los mejores de su fama y los tres más brillantes resplandores de la laureola gloriosa que circunda su nombre inmortal. Calvo declamaba con una escuela originalísima, opulenta en armonías y matices, que propagada con inusitado ardor por innumerables adictos, ninguno ha sido suficiente á copiar. Su flexible talento recorría con igual facilidad los registros todos de la escala dramática, desde el travieso amante de *Marta la piadosa*, hasta el iracundo esposo de *Desdémona*, y su figura que él sabía transformar á su antojo, presentaba tan pronto los juveniles contornos del príncipe D. Carlos, como aparecía encorbada bajo el peso de los años al interpretar el indomable *Alcalde de Zalamea*.

Su especialidad, sin embargo, eran los caracteres nobles y apasionados.

Y aquí juzgamos oportuno refutar una especie que aunque desprovista de fundamento y falta por consiguiente del necesario arraigo, no conviene tampoco autorizar con el silencio. Háse dicho por algunos que las aptitudes dramáticas de Calvo no revestían esa infinita variedad que distingue al verdadero artista, sino que, por el contrario, sus personajes parecían vaciados en un molde eterno, reflejo de su propia personalidad, al que ajustaba invariablemente todas sus creaciones. Bastaría para desvanecer tal error enumerar los variados caracteres que componían su extenso repertorio, á no salir al paso otro argumento que sobre justificar plenamente aquella natural tendencia del actor insigne, patentiza, á la vez, la popularidad inmensa que disfrutara. Por innegables que fuesen las facultades artísticas de Rafael Calvo, la particular influencia que sobre la muchedumbre ejerciera, cifrábanse principalmente en la simpatía, en el amor. Calvo era para el público el actor de los nobles arranques, dechado de pundonor y de hidalguía; amante, caballeresco, sublime. Bajo esta forma agradaba á su auditorio y así forzosamente tenía que aparecer.

Refiérese del célebre Floridor, ídolo del público francés, que habiéndole encomendado Racine la parte de Nerón en su tragedia *Británico*, ni la obra ni su intérprete obtuvieron la acogida que su mérito reclamaba, porque sus infinitos apasionados no podían avenirse á contemplar en su actor predilecto al terrible monstruo de Roma, dificultado que zanjó fácilmente Racine, repartiendo el papel á otro artista, con lo que alcanzó la pieza el justo éxito á que era acreedora. Algo muy semejante ocurría con Rafael Calvo. Por grande que fuese su esmero en reproducir los rasgos característicos de la ambición y del crimen, aunque en su propio sér hubiesen encarnado los más abominables engendros de la perversidad humana para el público que le adoraba, jamás hubiera sido el gran artista Gloucester ni Luis XI.

Calvo unía á sus dotes de actor eminentemente una gran ilustración y en las representaciones de la *Hija del aire* y *Un milagro en Egipto* demostró sus vastos conocimientos arqueológicos. Bajo su hábil dirección se han formado inteligentes actores y á él se deben multitud de reformas en la